

Villatorres del mar

David Ortiz

La vida puede cambiar en una sola noche

Villatorres del mar

David Ortiz-Vallejuelo

Capítulo 1

En la actualidad, 2017.

Los últimos intentos del sol de atravesar el marco de la ventana se sucedían con parsimonia, sus rayos se aferraban a la madera envejecida y a las cortinas agitadas por la brisa marítima. Los segundos pasaban más lentos de lo normal en el reloj de pulsera que yacía sobre la mesilla; su cansado segundero metálico apoyaba el egoísmo del sol y hacía todo lo posible para que aquella noche nunca empezase. Un tono rojizo comenzó a cubrir las paredes a la vez que la marea subía excitada por la inevitable aparición de la luna, la espuma de las olas jugaba con las piedras de la orilla en la incipiente oscuridad.

Dicen que dormir es como viajar en el tiempo, desde el momento en el que se cierran los ojos no somos conscientes del tiempo transcurrido. Quizás por eso todo indicaba que aquella noche no debería llegar nunca, porque si llegaba, pasaría como una exhalación y amanecería un nuevo día, un día que cambiaría la vida de Mateo para siempre.

Derrotado, como cada noche, el sol dio paso al resto de cuerpos celestes que alumbraron con luz pálida el pueblo costero de Villatorres del Mar. Villatorres dormía bajo la atenta mirada de los dos torreones gemelos del siglo XIII que coronaban la cima del único monte de la comarca. Como la mayoría de pueblos costeros, su economía se nutría de la pesca, el puerto y la lonja eran sus pulmones. Todas las mañanas salían un par de decenas de barcos a faenar, si se daba bien la mañana volverían con suficiente pescado como para sacarse un dinero en el mercado y poder seguir adelante un día más.

Con una población moderada era un pueblo más de la región. Sus callejuelas, endiabladamente retorcidas, desembocaban en la plaza central, que estaba presidida por una iglesia románica. La brisa nocturna subía desde el puerto refrescando los adoquines que habían aguantado estoicamente el sol durante el día. El sargento Álvarez deambulaba por la plaza a la que daba al cuartel de la guardia civil, limpiaba sus gafas circulares mientras trataba de encontrar la Osa Mayor. A pesar de la tranquilidad del pueblo, tenía que hacer guardias dos veces por semana. Realmente era un trabajo sin demasiados sobresaltos, ya no recordaba la última vez que había tenido algún suceso importante en el pueblo. No disparaba un arma fuera de un campo de tiro desde la academia y el único cadáver que había visto de cerca fue el de su abuela materna en el tanatorio de la ciudad. Pocos eran los que todavía quedaban por las calles y Álvarez no se encontraría más que a un par de huidizos felinos.

Horas después de que las estelas de los barcos pesqueros se hubiesen perdido en el océano, empezó a amanecer un día gris. El cielo nublado

desprendía una luz blanquecina y uniforme que empezó a colarse por todas las ventanas de las casas del pueblo. Las primeras fueron las que se encontraban a los pies de las torres, en el monte. Acto seguido, el resto de viviendas de la bahía fueron despertando perezosas.

Mateo se incorporó en su cama, observaba con la mirada perdida los desconchones de la pared que tenía enfrente. Si lograba concentrarse podía distinguir formas y patrones en ellos, pero esta mañana no era capaz. Su mente no estaba entre esas cuatro paredes de piedra blanca que formaban su habitación. Su mente estaba muy lejos de allí, pensando en lo que ocurrió un solo piso más abajo hace un par de años, parecía algo tan lejano que podría haberlo vivido en otra vida. Mateo se rascó la barba castaña que con tanto cuidado había afeitado en el pasado y que ahora formaba parte de él. Tras una buena ducha bajó las escaleras lo más silencioso que pudo, a pesar de eso eran inevitables los crujidos y gemidos de la vieja madera. Cuando el embriagador olor del café recién hecho empezó a extenderse por la cocina, puso las tostadas en el fuego. Como cada mañana, un perezoso pero hambriento Darío apareció por allí arrastrando las zapatillas.

–Buenos días, enano –dijo Mateo a su hermano pequeño que ya extendía mermelada de albaricoque sobre las tostadas.

–Creo que lo de enano se me está quedando pequeño ya, ¿no crees?
–contestó Darío.

Siempre trataba de evitar todo aquello que le recordase que, pese a sus dieciséis años, seguía siendo un niño para su hermano mayor. Aunque en los últimos años había tenido que madurar a pasos agigantados, era despistado y no mejoraba en los estudios. El novedoso interés en el sexo opuesto, que estaba despertando en él, tampoco ayudaba.

–Lo que creo es que siempre vas a ser un enano, ¿con quién me voy a meter si no es contigo? –preguntó Mateo, calentándose las manos con la taza de humeante café.

Mientras, Darío engullía las tostadas con ese hambre voraz que caracteriza a cualquier adolescente. Mateo disfrutaba estos momentos con su hermano aunque ya no era como antes, ahora había un ambiente más denso, una nostalgia que hacía que las risas durasen menos. Era como un placebo, tratar de sonreír para fingir que todo iba bien, pero la realidad siempre estaba ahí, pesando en todo momento.

–A mí déjame, que ya soy mayorcito.

–Mayorcito para lo que te interesa, que te sigo haciendo el desayuno

todas las mañanas –contestó Mateo.

–¿Pero quién es el que tiene una cita esta noche, listo? –preguntó Darío triunfal mientras dejaba el plato en el fregadero–. Porque creo que tú no.

–Anda, tira para arriba a cambiarte y ya me contarás qué pasa con Lucía.

–Venga anda, si seguro que vas a venir tú también a la fiesta de Feijoo
–dijo Darío con tono acusador.

–¿Quién va a traerte luego a casa sino? –contestó Mateo–. Y además, ¡si tú vas porque eres mi acompañante!

Cuando Mateo terminó de hablar, su hermano ya había llegado al piso superior. Mateo se terminó el café saboreando aquella bebida amarga que cada mañana le ponía las pilas. Siempre le había gustado la cercanía de la relación que tenía con Darío. A pesar de ello, los ocho años de diferencia y la responsabilidad que tenía sobre él, le hacían sentirse como un padre en numerosas ocasiones. Quizás eso fuese lo que les distanciaba últimamente.

* * *

La mañana era fría, como todas. Desde bien temprano Villatorres ya tenía vida, sus calles empedradas se llenaban de gente que se disponía a empezar un nuevo día de trabajo. Sin duda el mayor trajín sucedía en el puerto donde las idas y venidas de los desgastados pesqueros contrastaban con los barcos de recreo que se mecían tranquilamente en el club náutico. Mateo bajó andando hacia los muelles, nunca cogía el viejo Seat a menos que fuese para ir a la ciudad. Pasada la plaza se aventuró por las estrechas calles que desembocan en el mar. La panadería lograba encubrir el olor a sal con un penetrante aroma a pan horneado, a aceite hirviendo y a canela. Mateo recordó los tiempos en los que soñaba, pegado a ese mismo escaparate, con hundir sus dientes en alguna rosquilla. Por aquel entonces su mayor preocupación eran los cromos, los partidos de fútbol en la calle y poder navegar con su padre.

Girando a la derecha por la calle Herreros llegó a la tienda de Zacarías. En el pequeño escaparate se podían ver decenas de artilugios metálicos, relojes, unos cuantos libros con el lomo desgastado y lo que Mateo creía que era un astrolabio. El interior de la tienda no era para menos, cientos de antigüedades llenaban las estanterías del establecimiento.

El tintineo de la campana de la puerta anunció la llegada de Mateo. Una voz se alzó desde la trastienda.

–¡Un momento! En seguida estoy contigo, Mateo.

Zacarías estaría arreglando algún reloj, restaurando alguna pieza antigua u ocupado con cualquier otro quehacer que se le hubiese ocurrido esa mañana. A sus setenta y siete años era la persona más inteligente que Mateo conocía. La tienda era más un hobby que un negocio, la mayoría de las piezas que había en su interior eran recuerdos que ni siquiera estaban a la venta. Mateo solía visitar este establecimiento con aspiraciones de museo siempre que podía. Por el simple hecho de estar allí su imaginación volaba observando los objetos que le rodeaban. Era fantástico poder centrar sus pensamientos en otra cosa, imaginar las historias que escondían los libros o los soldaditos de plomo que le observaban desde los estantes. Abstraerse de la realidad durante unos segundos le hacía coger fuerzas, le animaba.

–Bueno, ya estoy aquí. Estaba dando una manita nueva de pintura al coche de hojalata del escaparate –dijo Zacarías con tono afable sacando a Mateo de sus pensamientos mientras analizaba una estatuilla de barro–. Venga, hijo, reacciona.

–Sí, sí, ya sabes que podría estar horas contemplando todo lo que tienes por aquí.

–Contemplar es de viejos, tú eres joven, tienes que actuar. ¡Vive la vida! ¿Cuándo besaste por última vez a una mujer? ¿Cuándo fue la última vez que te emborrachaste?

–Zacarías, ya me conoces, no tengo tiempo de todo eso. No me vengas ahora con tus historias de joven –dijo Mateo con tono cansado, previendo una batallita más de Zacarías. Mateo sacó un reloj de pulsera del bolsillo.

–¿Qué tenemos aquí? –preguntó Zacarías con curiosidad mientras se sacaba unas pequeñas gafas del bolsillo–. Cómo me gusta que me traigas regalos.

–Pues mi reloj, que se ha roto o algo. Desde ayer por la mañana el segundero no avanza, ¿ves? –Mateo mostró la esfera del reloj a Zacarías para que observase los torpes intentos del segundero de moverse.

–Sí, esto va a ser de la rueda de los segundos, algún pivote o diente que se ha doblado.

–¿Y eso tiene arreglo, no?

–¿Cuántas veces te tengo que recordar que todo tiene arreglo, Mateito?
–dijo Zacarías mirando sonriente a Mateo por encima de las gafas–.

Pásate esta tarde a recogerlo.

–Perfecto, aunque no sé si me dará tiempo con lo de Feijoo –dijo Mateo.

–Sin problema. A ver si así te diviertes un poco.

–Bueno ya te contaré, me voy ya que se me hace tarde –dijo Mateo despidiéndose–. Muchas gracias.

–Ya sabes, aquí estoy para lo que necesites. Como se entere tu padre de que no me preocupo de ti... –apuntó Zacarías con una sonrisa mientras empezaba a retirar la esfera del reloj.

Mateo salió de la tienda y se aventuró por las calles de Villatorres hacia el puerto. Siempre había admirado la vitalidad de Zacarías, le hacía gracia lo de que si su padre se enterase. ¿Cómo se iba a enterar de algo? Se tiraba meses en alguna costa africana pescando y aparecía por allí dos veces al año. En el último año sólo le había visto en una ocasión, Mateo pensaba que su padre ya no quería pisar tierra nunca más, demasiados recuerdos.

* * *

El Aurora navegaba en dirección perpendicular al viento. Mateo cazó la escota hasta que el extremo de la botavara sobresalió por el espejo de popa. Las blancas velas se llenaron de aire formando un ángulo de 45 grados con el casco del barco. El aurora era un velero de siete metros de eslora que, a pesar de los treinta años que habían pasado desde su botadura, seguía cortando las olas con brío. Todas las mañanas Mateo lo cargaba con decenas de cajas de pescado fresco que repartía en el otro extremo de la bahía. Era uno de los muchos barcos que formaban la flota de Feijoo Marítima S.A.

Mateo disfrutaba de la brisa marina en la cara, de las gotas que salpicaban de las olas y de la sensación de libertad, sobre todo de eso último. Llenaba sus pulmones y observaba el horizonte mientras saboreaba el salitre de sus labios. Este sí que era un trabajo al que podría acostumbrarse, ojalá estuviese mejor pagado. A parte de repartir pescado, Mateo trabajaba a tiempo parcial en los almacenes del puerto. Ambos trabajos estaban conectados con el imperio empresarial de Antonio Quintás–Feijoo, el empresario más exitoso de Villatorres y una de las personas más influyentes en la bahía. Feijoo había ayudado a Mateo desde que empezó a buscar trabajo, había logrado irle dando oportunidades que éste cogía con más necesidad que ganas. La falta de interés que mostraba en su puesto de trabajo se debía a sus aspiraciones de soñador. Siempre había querido llegar más lejos, ser abogado, médico o un renombrado hombre de negocios como Feijoo. Sin embargo, la cruda

realidad le cortó las alas.

Cuando el Aurora llegó al punto medio de la bahía, justo donde el faro se ve en todo su esplendor; Mateo realizó la misma rutina que cada mañana. Amolló las escotas para vaciar las velas de aire y reducir la velocidad del velero, que crujió quejándose de la repentina maniobra. Acto seguido se sentó en proa y observó cómo los últimos barcos volvían a puerto. Todas las mañanas salía antes para poder tomarse estos minutos de sosiego acompañado del mecer de las olas y de los gritos de las gaviotas. Inconscientemente acariciaba la curtida madera del barco, era áspera y fría. Miraba fijamente al horizonte, todavía había una espesa bruma que hacía que se viera difuminado. Su mente divagaba pensando en la mujer que daba nombre al velero, su madre. El aurora fue el regalo de pedida que le hizo su padre, Rodrigo, a su madre veintiocho años atrás.

La soledad que proporcionaba el barco podía llegar a ser adictiva, Mateo ya la estaba echando de menos pensando en el compromiso al que asistiría esa misma noche. Ojalá no tuviese que abandonar esa vista de las gaviotas persiguiendo a los pesqueros y del mar golpeando rítmicamente el rompeolas. No disfrutaba las aglomeraciones ni soportaba la falsedad que se respiraba en ese tipo de eventos. Sin embargo, esta noche tenía que ir por Feijoo y para echar un ojo a Darío. Su único consuelo era que por fin vería a Elena.

Capítulo 2

En la actualidad, 2017.

El Seat rojo se paró a los pies de un eucalipto que crecía levantando los adoquines de la acera. Mateo quitó el contacto y se miró en el retrovisor. Su pelo castaño estaba un poco mejor peinado que de costumbre y la barba recortada le daba un aire de pulcritud. Se había puesto la camisa azul y una americana oscura, quizás demasiado grande para él, pero era la única que tenía. Esperaba no encontrarse con muchos invitados trajeados, si ya sentía que ese no era su lugar esto sólo lo acrecentaría. Miró sus ojos oscuros y respiró profundamente tratando de aumentar sus ánimos. Guardó la cartera en el bolsillo de la americana y se dispuso a salir del vehículo.

–¿Pero dónde te crees que vas? –le espetó Darío desde el asiento del copiloto–. Son las ocho y veinte.

–¿Qué? Aunque no lleve el reloj sé la hora que es, eso empieza a y media y tenemos un trecho hasta subir a la villa –contestó Mateo observando a su hermano que seguía absorto con su móvil.

La fiesta de Feijoo empezaba en diez minutos y lo que menos quería Mateo era llegar tarde. Todos los años en septiembre Feijoo celebraba un cóctel en su inmensa villa al que acudían todas las personalidades de Villatorres y alrededores. Y siempre invitaba a Mateo, que junto con unos pocos seleccionados más, formaban el grupo de los que no se podían permitir nada de lo que viesan esa noche.

–No podemos llegar a la hora, sólo los pringados son puntuales. ¿Nunca has oído eso de lo bueno se hace esperar?

–Mira, encima que te consigo la invitación no me vengas ahora con tonterías. –Mateo salió del coche dudando de si haber llevado a Darío como acompañante había sido una buena idea–. Yo me voy, y sin mí no te dejan entrar.

Darío salió echando una mirada desafiante a su hermano.

–En cuanto pase por las puertas no me vuelves a ver el pelo en toda la noche –sentenció acompañando su ultimátum con un fuerte portazo.

Irónicamente, por caprichos del destino Mateo no le volvería a ver hasta el día siguiente.

El sol se acercaba al horizonte cubierto de nubes que reducían la luz a una claridad casi artificial. No corría nada de brisa, algo extraño para

Villatorres, pensó Mateo. Una atmósfera cargada envolvía el ambiente, era como si el universo estuviera conteniendo la respiración. Los invitados poco a poco iban entrando en los jardines bajo la atenta mirada de las farolas de hierro. Mientras recorrían los últimos metros de la empinada calle, Mateo observaba con curiosidad un grupo de luciérnagas que revoloteaban nerviosas a su alrededor.

Las altas puertas de la finca estaban abiertas y una hilera de antorchas recorría los jardines hasta el edificio principal. A la entrada, una joven vestida de oscuro comprobó que Mateo y Darío estuviesen en la lista y les permitió acceder al recinto. Mateo reparó en un par de guardias de seguridad que estaban apostados en la entrada. Uno de ellos, rubio y con aspecto de extranjero, le sostuvo la mirada hasta que Mateo se rindió fingiendo que observaba con interés los altos árboles que flanqueaban el camino. La villa de los Feijoo era una finca de varias hectáreas donde tenían cultivos y ganado. La construcción principal era un edificio blanco de cuatro plantas con grandes balcones que se erguía frente a los jardines donde se celebraba el cóctel.

–Mateo, ¿qué tal va todo? Estamos muy agradecidos de que hayas podido venir. –La mujer de Feijoo, Dolores, les dio la bienvenida disfrutando de su papel de anfitriona. Estaba acompañada de su hijo Fernando que lucía un traje oscuro, seguramente hecho a medida.

–Muchas gracias por la invitación y por su interés Señora Feijoo, como siempre una fiesta fantástica –contestó Mateo tratando de ser lo más educado posible. No soportaba ver que la gente les mirase con pena y no entraría en una conversación sobre cómo iban las cosas realmente–. Le presento a Darío, mi hermano.

–Em, un placer Señora –dijo Darío dubitativo.

–Claro, Darío, ya decía yo que me sonaba tu cara, hijo. Cómo has crecido –dijo Dolores, aunque Mateo estaba convencido de que era la primera vez que veía a su hermano–. Bueno, disculpad que no esté mi marido para recibirlos pero se encontraba indispuesto, bajará en unos momentos.

–No se preocupe, y de nuevo, gracias por la invitación–contestó Mateo viendo como Dolores le sonreía mientras se volvía a saludar a los siguientes en la fila.

Al seguir andando Mateo intercambió una mirada con Fernando que le sonrió saludándolo solemnemente. No había tenido mucha relación con el primogénito de los Feijoo y no le sorprendió la distancia entre ellos. En ese momento Mateo se dio cuenta de que Darío ya había volado de su lado, a saber dónde se habría metido. Subió los escalones de piedra y se encontró delante de una banda que tocaba jazz y en frente de una barra con cientos de canapés, aperitivos, bebidas y todo tipo de productos

desde marisco fresco hasta una cuidada selección de carnes. Debía de haber unos cien invitados y todavía seguía llegando gente. Mateo buscó entre ellos y avanzó entre saludos hasta llegar a la barra, en ese instante una voz surgió a su espalda.

–Bonita americana, aunque todavía te faltan unos kilitos para llenarla.

–No te vendría nada mal que te los quitase a ti ¿verdad? –contestó Mateo a su amigo Lucas entre risas.

Se dio la vuelta y estrechó la mano a su antiguo compañero de instituto que no veía desde hacía años.

–¡Cuánto tiempo, caballero! No sabía que te encontraría aquí, por lo de tu alergia a las corbatas principalmente –dijo Lucas mientras se acariciaba su pajarita verde.

Con un par de centímetros de altura menos que Mateo, Lucas debía de pesar más del doble. Llevaba un ceñido traje con chaleco a juego con la pajarita y sostenía una copa de champán en la mano izquierda. Mateo rió por el comentario y empezó a hablar con Lucas poniéndose al día de la vida de cada uno. Lucas tenía un programa de actualidad en la radio local en el que más que noticias se dedicaba a transmitir todos los chismes y cotilleos que habían surgido en los últimos días. Quizás eso fuese lo que le diese tanta audiencia. Al cabo de unos instantes Mateo se vió sentado en una mesa con un plato de langostinos delante y con Lucas contándole los trapos sucios de la mitad de los invitados.

–¿Ves a aquel tío calvo con una copa en la mano? –preguntó Lucas.

Mateo asintió con la cabeza observando a aquel hombre perfectamente trajeado que charlaba con el Padre Andrés.

–Se llama Jose Antonio Pueblas, ahí donde le ves tiene más cabezas de ganado que nadie en Villatorres, tanto vacuno como ovino. Dicen que exporta a Sudamérica y que gran parte de su capital lo saca de manera turbia –dijo Lucas bajando la voz.

–¿Turbia? ¿Y qué hace hablando con un cura?

–Pues a saber, tratar de reservarse un lugar en el cielo –dijo Lucas entre risas–. No me esperaba verle en esta fiesta, es uno de los mayores competidores de Feijoo y dicen que cuando privatizaron el matadero municipal y lo compró Feijoo Marítima, perdió una pasta.

–¿Bueno y de Feijoo tienes algo? Nunca viene mal saber estas cosas de tu

jefe –preguntó Mateo con curiosidad.

–¡Pues lo del divorcio! –dijo Lucas entusiasmado.

–¿Divorcio? ¿Se divorcia de Dolores? –El comentario de Lucas sorprendió enormemente a Mateo que nunca se lo habría imaginado.

–Bueno, a ver, no es seguro. Parece que su matrimonio fue medio pactado por los padres y que tras nosecuántos años duermen separados y casi ni se hablan. Por lo que he oído él no se puede divorciar porque gran parte de sus bienes están a nombre de ella, temas de hacienda y esas cosas. Y ella no creo que quisiese renunciar a estas fiestas y este tren de vida. Verás cuando Fernandito tome el mando y Feijoo esté jubilado...
–dijo Lucas.

–No creo que eso suceda pronto, a Feijoo le veo en su despacho hasta los ochenta mínimo.

–Bueno y ahora la pregunta del millón, ¿Has visto a Elena? –preguntó Lucas mientras se le subía la ceja izquierda y se ampliaba su sonrisa.

Elena y Mateo fueron compañeros de instituto junto con Lucas, se podría decir que fueron amigos, aunque no fueron íntimos. Aún así, Lucas sabía perfectamente que Mateo siempre había tenido sentimientos por ella.

–Estabas tardando... Pues no, todavía no la he visto. ¿Y tú?

–Por supuesto que sí, nada más llegar la he saludado. No creas que ha cambiado tanto, parece la misma que aquella chica que hace seis años te hacía poner ojitos. Es como si nada hubiese cambiado –dijo Lucas remarcando el “nada” de la última frase.

–Creeme que muchas cosas son distintas que hace seis años –dijo Mateo cortante.

–Ya estamos, al final va a ser verdad que no valgo para Celestina. –Lucas se levantó de la mesa de repente observando a distancia al alcalde de Villatorres que acababa de abandonar un grupo de gente y se encontraba a solas en la barra–. Me vas a disculpar que tengo un asunto pendiente.
–Se giró y aceleró el paso para interceptar a su objetivo.

Mateo se limpió las manos en la servilleta y miró a lo lejos cómo Lucas charlaba amigablemente con el alcalde. Se levantó de la silla y caminó por el patio empedrado entre camareros y grupos de personas que reían, bailaban o hablaban distendidamente. La banda de jazz seguía endulzando la fiesta y Mateo alzó la mirada observando el cielo estrellado, oscuro y lejano. Se sentía alejado de todas esas personas, era una extraña sensación como si estuviese viendo la fiesta desde fuera. Estar rodeado de

gente y de ruido le agobiaba. Recordó entonces esa misma mañana el aurora, surcando las olas con él dentro, esa sensación de libertad que tanto añoraba. Tras alejarse del barullo vió por encima de las cabezas de la gente bajar desde la casa a una joven, la oscuridad no le permitía distinguir su cara pero podría ser Elena. El hecho de que saliese de la casa y su cabello largo y moreno apuntaba a que estaba en lo cierto. Sin embargo, en ese instante una figura apareció a su lado.

–A ti te estaba buscando yo –dijo Elena. No se veían desde que terminaron el instituto seis años atrás ya que ella había estado estudiando fuera durante ese tiempo. Estatura media, pómulos marcados, media sonrisa. Mateo se fijó en sus alegres ojos y notó una leve sensación de vértigo en el pecho. Llevaba un vestido oscuro y un recogido en el pelo, estaba tal y como Mateo la recordaba–¿Qué tal estás?

–Elena, ¡cuánto tiempo! –dijo Mateo sin poder evitar sonreír–. Justo hace un momento estaba hablando con Lucas sobre ti.

–Ay este Lucas, espero que dijese cosas buenas.

–Para ti no tiene más que cumplidos. Bueno, ¿qué tal? ¿Ya terminaste todo? –preguntó Mateo ya que según sus cálculos justo este verano habría terminado los estudios.

–Sí, ya por fin terminé. No sabes las ganas que tenía –dijo Elena mientras se apoyaba sobre un muro de piedra que daba a los jardines.

–¿Y qué era lo que estudiabas? –Mateo se arrepintió automáticamente de la pregunta pues acababa de confesar que no se acordaba de los estudios de Elena.

–ADE y Derecho y un master en Negocio y Derecho Marítimo, todo lo necesario para trabajar en la empresa de mi padre –dijo Elena de forma monótona–. No es lo que más me apetecía, pero es lo que hay. Pero bueno, ¿qué tal te va todo? ¿Cómo estáis Darío y tú? –preguntó con un tono más serio y preocupado.

–Pues, ¿qué quieres que te diga? Ahí vamos, tirando para adelante, supongo –contestó Mateo, no quería hablar de sus problemas porque no soportaba que la gente se apiadase de él, ya había pasado por suficientes miradas y comentarios empáticos. Sin embargo, con Elena era diferente, sentía que podría contarle temas más profundos, aunque en otra ocasión–. Las cosas han mejorado, en parte gracias a tu padre. Desde hace un año y algo trabajo para él y ha sido de gran ayuda.

–Me alegra oír eso, de verdad –contestó ella esbozando una tímida sonrisa–. Precisamente vengo de hablar con él, me ha dicho que en

cuanto puedas subas a verle.

–¿Sí? ¿Y qué le ha pasado para no poder unirse a la fiesta?

–Bueno, ya sabes que estas cosas no le van tanto como a mi madre. Siempre que pueda escabullirse, lo hará. Pues eso, está en su despacho, sube a verle y ahora nos tomamos algo. ¿Te parece? –propuso Elena.

–Por mí perfecto, ahora nos vemos entonces –dijo Mateo sonriente.

Miró hacia el edificio blanco que tenía delante, y se alejó de Elena no sin antes ver cómo le sonreía en forma de despedida. No había estado nada mal el reencuentro, mucho mejor de lo que esperaba, se había sentido agusto y estaba deseando volver ya de hablar con Feijoo. Caminando entre la gente atravesó el patio y se acercó a las escaleras que daban paso a la puerta de entrada. ¿Qué querría Feijoo? Quizás alguna nueva oportunidad de trabajo, o simplemente charlar porque estaba aburrido en su escondite. Se cruzó con dos camareros que llevaban bandejas con canapés, iban estirados y con la mano izquierda a la espalda, sin duda eran buenos profesionales. Una brisa fría empezó a llegar desde el mar; aunque la casa de los Feijoo estaba en un alto tenía acceso directo a la playa dentro de su propiedad. En ese momento, ya más alejado del tumulto y la música, se podía escuchar con claridad el romper de las olas. Cuando estaba a punto de alcanzar el marco de la puerta observó a un gato cobrizo persiguiendo a dos luciérnagas que revoloteaban por encima de su cabeza.

* * *

Darío se asomaba por detrás de unos arbustos a la barra. Joder. ¿Quién coño me manda a mi hacer esto? La noche no estaba saliendo como esperaba y esto podría echarlo todo a perder. No había parado de intentar acercarse más a Lucía y nada parecía surtir efecto, incluso le había robado colonia a Mateo para parecer algo más adulto. Lucía no hacía más que mostrarse distante y casi ni le había prestado atención hasta que salió el tema del alcohol. Darío lo había probado pocas veces en su vida y no había sido mucho de su agrado, pero por supuesto que no era lo que había dicho delante de Lucía y sus amigas. No solo eso, si no que se había ofrecido caballerosamente voluntario a conseguir algo de alcohol para el grupo.

Estaba claro que no podía acercarse a un camarero y pedir tranquilamente una copa, principalmente porque no sabría cuál pedir. Su objetivo eran las botellas que los empleados guardaban tras la barra, si lograba acceder a una de ellas podría fardar del botín delante de Lucía. El modus operandi para esconder la botella estaba claro. Llevaba la chaqueta doblada en el brazo izquierdo de tal forma que podría ocultarla en su interior. El problema venía en la sustracción en sí, los camareros iban y venían

despreocupados pero no dejaban la zona libre.

Se acercó por la barra caminando tranquilamente mientras trataba de identificar algún fallo en la seguridad de las botellas. Notaba que un sudor frío le caía por la frente y estaba convencido de que desde fuera tenía que notarse el manotaje de nervios que era en ese momento. En ese instante la vio, apoyada contra el lateral de extremo de la barra se encontraba una caja con una decena de botellas diferentes. Debían ser las de reserva porque estaban sin abrir y ningún camarero parecía prestarles atención.

Darío respiró profundamente y se dirigió hacia aquel extremo de la barra, notaba cómo su corazón bombeaba sangre más rápido de lo normal. Apretó los puños y trató de aparentar normalidad. Nadie reparó en él cuando se acercó a la caja y tomó una botella al azar. Automáticamente la metió bajo la chaqueta. Y, de repente, se oyó un fuerte golpe. Un golpe seco. Un silencio sepulcral lo acompañó. Duró sólo unas décimas de segundo en las que Darío maldijo que le hubiesen pillado. Pero entonces se escuchó el primer grito. Una mujer, no muy lejos de donde Darío temblaba aferrado a la botella. Un grito de terror que fue seguido de otros muchos. La música había cesado y sólo se oía gente correr, gente gritar, incluso gente llorar.

Darío se abrió paso entre la multitud y llegó al final del patio, cerca de las paredes de la casa donde se agolpaba la gran parte de los invitados. Automáticamente su respiración se paralizó, se le hizo un nudo en la garganta y notó como toda la comida subía desde su estómago. Delante de él yacía el cuerpo inerte de un hombre, boca abajo sobre un charco de sangre oscura que se extendía por momentos. Había manchas de sangre alrededor, salpicaduras. Tenía el cráneo desfigurado, aplastado y su codo izquierdo formaba un ángulo imposible. La visión dantesca culminaba con la sangre que avanzaba lentamente por las hendiduras de las baldosas del suelo acercándose a la gente que miraba horrorizada la escena. Dos hombres arrodillados a los lados del cadáver trataban de moverlo inútilmente, mientras sus trajes se teñían de rojo.

En ese momento una mujer señaló hacia arriba y numerosas cabezas se elevaron. Darío siguió sus miradas mientras trataba de contener las ganas de vomitar y de llorar que tenía. En la parte más alta de la casa se veía un amplio balcón con una barandilla de madera oscura. Agarrado férreamente a ella y pálido como las paredes de la casa, estaba Mateo.

La botella de ron cayó al suelo y estalló en mil pedazos.